

que ilumina los debates políticos, económicos y filosóficos de una época. La biografía ha sido un género poco socorrido en la historiografía mexicanista. Un libro como éste muestra lo fértil que puede ser recurrir a él, cuando no solamente se pinta el retrato del *gran hombre*, sino que su vida se utiliza para abrir una ventana al pasado.

ERIKA PANI  
Centro de Investigación y Docencia  
Económicas

• • • • •

Enrique Florescano, *Historia de las historias de la nación mexicana*, México, Taurus, 2002, 530 p., Colección Pasado y Presente.

**E**n los tiempos recientes se ha desarrollado un interés inusitado en torno a los problemas relativos a la producción de los saberes. En este vendaval de propuestas y contrapropuestas, la historia ha sido una de las disciplinas que más severamente ha sido sometida a cuestionamientos de diversa índole. No es, pues, de extrañar que en México se haya suscitado una reflexión acerca de la escritura sobre el pasado al igual que en torno a los sostenes epistemológicos de la disciplina histórica.<sup>1</sup> La existencia en México de

una revista como *Historia y Gráfica*, dedicada precisamente a la historiografía y a su teoría, es un signo más que elocuente de los tiempos.

En gran medida, la presente obra de Enrique Florescano representa la culminación de la labor de reflexión acerca de la escritura de la historia en y sobre México que ha venido desarrollando por más de una década y que se ha traducido en varios títulos, entre ellos: *Memoria mexicana*, *El nuevo pasado mexicano* y *Memoria indígena*.<sup>2</sup> En la presente obra, el objetivo de Florescano es el estudio de los cánones historiográficos que han predominado en México durante las diferentes épocas. Según él, un canon historiográfico es una interpretación sobre el pasado que se prolonga “por mucho tiempo, a veces por cientos de años”, y que usualmente termina absorbiendo a las demás interpretaciones. Estas “macronarrativas” dotan “a los pueblos de identidad”, uniendo “el pasado con el presente” (p. 16).

---

*géneros y discursos: Memoria del Segundo Encuentro de Historiografía*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 2000 y José Ronzón y Saúl Jerónimo, *Reflexiones en torno a la historiografía contemporánea: Objetos, fuentes y usos del pasado*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2002.

---

1 Silvia Pappe (coord.), *Debates recientes en la teoría de la historiografía alemana*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco/Universidad Iberoamericana, 2000; José Ronzón y Saúl Jerónimo (coord.), *Formatos*,

2 Enrique Florescano, *Memoria mexicana. Ensayo sobre la reconstrucción del pasado: época prehispánica-1821*, México, Joaquín Mortiz, 1987; *El nuevo pasado mexicano*, México, Cal y Arena, 1991; *Memoria indígena*, México, Taurus, 1999.

Partiendo de esta concepción, Florescano inicia su periplo por las memorias mexicanas, comenzando con el canon mesoamericano, que adquirió su “versión clásica” entre los años 200-650 d.C., originándose con el surgimiento del Estado en Mesoamérica, y que “narraba la creación del cosmos, de los seres humanos y la fundación del reino”. De este “canon fundamental” se derivaron “los relatos posteriores dedicados a narrar la historia de los antiguos pueblos de Mesoamérica” (p. 19). Aunque con modificaciones, este mito fue adoptado por los diversos grupos étnicos que habitaron Mesoamérica durante el periodo posclásico (1100-1521). Como en todo relato mítico, en estas narraciones prevalece “la repetición del arquetipo inicial” (pp. 87-89).

El predominio de esta estructura mítico-narrativa llegó a su fin con la Conquista, cuando al “canon mesoamericano” se impuso el “canon occidental”, cuya expresión inicial fue la concepción judeo-cristiana de la historia. Expresada de forma más acabada en la obra de los “frailes evangelizadores”, esta concepción de la historia se inscribía en lo que Guy Rozat ha denominado un “discurso salvífico”,<sup>3</sup> por lo que comprendía a las sociedades indoamericanas a la luz de la noción cristiana del fin de los tiempos. En tales relatos la Iglesia católica jugaba un papel protagónico como propagadora de la

palabra sagrada a todo el orbe, condición necesaria para la instauración del milenio. No obstante, la Conquista también generó vertientes más terrenales del canon histórico occidental, producidas en su mayoría por los cronistas e historiadores al servicio de la Corona española. Éstos elaboraron una historia oficial en la cual el Estado castellano aparecía como el actor fundamental.

Relatos profanos fueron también los de los “títulos primordiales”, documentos de origen colonial confeccionados por las comunidades campesinas con la intención de salvaguardar sus tierras y que terminaron plasmando “la memoria histórica de los pueblos indígenas” (p. 210). Compuestos a base de un abigarrado conjunto de fuentes —entre ellas: los relatos orales sobre la época de la Conquista, los códices precortesianos y los documentos oficiales de la época colonial—, los títulos primordiales tuvieron fines eminentemente utilitarios, por lo que comprenden una amalgama de datos históricos con mitos y leyendas en torno al origen de los pueblos y de sus propiedades. Con todo, arguye Florescano, “No son una falsificación, sino una creación: un nuevo modo de expresión”. Su resultado fue “una nueva memoria histórica, la historia del pueblo, centrada en sus derechos ancestrales a la tierra” (pp. 228-229), por lo cual, a pesar de las modificaciones que sufrieron a lo largo del periodo colonial, retuvieron “un trasfondo histórico profundo, apoyad[o] en los más remotos arquetipos de la conciencia mesoamericana” (p. 264).

---

3 Guy Rozat, *Indios imaginarios e indios reales en los relatos de la Conquista de México*, Veracruz, Universidad Veracruzana, 2002.

Durante la Colonia, apunta Florescano, coexistieron “diversas interpretaciones sobre el pasado”, constreñidas cada una de ellas por “una estrecha visión corporativa”; eran “discursos ensimismados que ignora[ban] la memoria del otro”. Entonces, concluye, “no había condiciones para imaginar una historia que comprendiera el conjunto” de los habitantes de la Nueva España. Tal tipo de relato sería hechura del “patriotismo criollo”, el que se manifestó con particular fuerza durante el siglo XVIII y se expresó mediante: 1) los “lazos de identidad” con el territorio novohispano, 2) “el rescate del antiguo pasado indígena”, y 3) “la creación de símbolos que encarnaran los valores patrios” (pp. 269-270). La manifestación política de esta revolución cultural criolla fue la Independencia, que impulsó el “singular nacionalismo histórico mexicano” (p. 306).

Pero lo que parecía ser una apreciación fundamentalmente optimista y positiva, pronto fue desmentida por las secuelas de la Independencia y por los acontecimientos de las primeras décadas de vida autónoma, cuando se llegó a cuestionar “si México podría existir como nación” (p. 339). Esta incertidumbre se reflejó en la historiografía, que debatió acremente el significado de los diversos pasados mexicanos; en tales debates, hubo dos temas, en particular, espinosos: las sociedades mesoamericanas y el Virreinato. Ellos sintetizaban las interpretaciones indigenista e hispanista de la historia mexicana, que, en el horizonte político y cultural de la época, lucían como totalmente

irreconciliables. Por ello, en esa época se suscitó una irreductible disputa sobre el pasado en el cual fue imposible alcanzar ese tipo de consenso que subyace al surgimiento de un canon historiográfico.

Este acuerdo no surgió hasta el Porfiriato, cuando, por fin, fue factible “construir una historia que uniera los contrarios pasados de la nación en un relato solidario” (p. 349). La obra que logró tal síntesis de contrarios fue *México a través de los siglos*, que por primera vez tendía “un puente conciliador entre el conflictivo presente y los varios pasados del país”, superando “el hasta entonces infranqueable antagonismo entre indigenismo e hispanismo” (p. 353). Obra colectiva dirigida por Vicente Riva Palacio, *México a través de los siglos* logró un impresionante acervo de información, esfuerzo en el que colaboraron intelectuales liberales y conservadores, e inscribió “los distintos pasados de la nación” en una narrativa evolucionista que transmitía “un mensaje de unidad, fortaleza y optimismo” (p. 370). Por todas estas razones, terminó imponiéndose como el nuevo canon historiográfico de la forja de la nación.

Tal concepción fue modificada por la revolución de 1910, que conmocionó la idea de un consenso entre los diversos componentes de la sociedad mexicana. La masiva participación del campesinado en la revolución, al igual que la contienda entre proyectos políticos y sociales totalmente opuestos, hicieron que los grupos que llegaron al poder se empeñaran en construir una historia

nacional en la cual se fundieran (o, más bien, se confundieran) las posiciones representadas por los distintos sectores en pugna. Esta labor de generar (e imponer) un nuevo consenso nacional se canalizó a través de varias vías, que iban desde los programas educativos impulsados por el Estado hasta la obra artística de los muralistas mexicanos. De manera interesante, esta ingente tarea de difusión reprodujo el “canon historiográfico establecido por *México a través de los siglos* y las obras de Justo Sierra” (p. 403), autor este último que se había destacado por divulgar las interpretaciones de la obra canónica dirigida por Riva Palacio. Un aspecto de particular importancia de este esfuerzo por refundir la historia nacional fue la incorporación de las grandes masas del país, sobre todo de los indígenas y los campesinos, a esas narrativas del periodo posrevolucionario. Así se pretendía que el consenso discursivo abarcara a todos los “fragmentos de la nación”,<sup>4</sup> y se construyó un relato oficial basado en los “rasgos arquetípicos de la ideología de la Revolución mexicana: revolución popular, nacionalista y democrática; *Deus ex maquina* [sic] de la identidad mexicana y apoteosis de las revoluciones iniciadas con la guerra de independencia” (p. 423).

Florescano observa que, históricamente, en su mayoría, las fuerzas que han impulsa-

do cambios en las interpretaciones del pasado “han sido externas al oficio del historiador”. Por ende, el producto eran relatos apoyados “en la autoridad de sus emisores y en la credibilidad de sus escuchas y lectores, pues carecían de pruebas de veracidad” (p. 425). Esto, alega el autor, cambió con el advenimiento de la historia profesional —hazaña que Florescano adscribe a la cultura europea—, construida por eruditos que, gracias a sus herramientas heurísticas, se convirtieron en impugnadores “de las concepciones del desarrollo histórico fundadas en los mitos, la religión, los héroes providenciales, los nacionalismos y las ideologías de cualquier signo” (p. 434). No obstante, esta “marcha optimista de la historia hacia la objetividad y el conocimiento verdadero” —que es, a fin de cuentas, lo que implica su propuesta acerca del surgimiento de la historia profesional— se ha visto ensombrecida recientemente por la “pérdida de unidad entre los historiadores, las dudas sobre los instrumentos más adecuados para realizar su tarea y el relativismo que invadió el terreno antes firme de la disciplina histórica”. De todos estos *golpes* que ha recibido la disciplina histórica, ninguno ha resultado tan *devastador* como el ataque al “concepto de la objetividad” (pp. 438-439).

Esta evolución de la disciplina histórica se ha dejado sentir también en México, donde, durante la segunda mitad del siglo XIX, un grupo de historiadores había aclimatado al país “los paradigmas de la historiografía europea”, engendrando una tradición

---

4 Partha Chatterjee, *The Nation and its Fragments: Colonial and Postcolonial Histories*, Princeton, Princeton University Press, 1993.

de “excelencia en la crítica y selección de las fuentes básicas para reconstruir el fragmentado pasado de la nación” (p. 440). Ya en el siglo XX, esta tradición culminó en la “profesionalización de los estudios históricos”; erigida en “institución académica”, se convirtió en “un establecimiento poderoso [con] la capacidad de generar sus propias interpretaciones de la historia” (pp. 440-441). Este desarrollo tuvo, empero, algunas consecuencias negativas, como la disociación entre “la historiografía académica y la memoria colectiva” (p. 444).

No obstante, las “deformaciones” más funestas que observa Florescano en la historia profesional de México han emanado del interior mismo de la disciplina, o, más bien, de sus practicantes. Alejándose de la tónica que prevalece en el resto de su obra, en el último capítulo Florescano se dedica a reprobar lo que considera que es el lamentable estado de la disciplina de la historia actualmente en México. Desde la década de 1980, alega, ha ocurrido “una caída de los niveles establecidos por la historiografía profesional”, resultado de varios factores, sobre todo de “la ausencia de liderazgo en las instituciones dedicadas a conducir la enseñanza, la investigación y la difusión de los conocimientos históricos”. Aquejada por “prácticas populistas, ideológicas, gremiales y burocráticas”, la disciplina carece de norte y “la investigación camina al garete, sin programas ni metas, abandonada a los impulsos individuales de cada investigador” (pp. 445-446).

Como es palpable, Florescano termina su obra en un tono pesimista, ofreciendo una interpretación sobre la historiografía mexicana —o más bien sobre el “oficio de historiar”— que termina en la degradación y la decadencia. Hay en su interpretación una evidente añoranza por la época dominada por los grandes “fundadores de la institución académica” (p. 447). Ante el caos prevaleciente en la actualidad, su propuesta parece estribar en la vuelta a esa época dorada, a esos orígenes virtuosos. Como en el mejor relato mítico, ese retorno al momento fundacional, a la era de los héroes culturales, garantizaría la recuperación de la armonía perdida. Su propuesta implica “reparar el sentimiento de pérdida mediante el encuentro con el ‘origen’, y de esa manera purificar el presente”.<sup>5</sup> Para ello parece que sería necesario el surgimiento de un liderazgo académico, figuras preclaras representativas de la tradición, que iluminarían a las huestes de los historiadores de México, ofuscados o perdidos en una madeja de agendas e intereses personales.

En este último capítulo, Florescano se desvía de manera total de su propuesta central, por lo que resulta decepcionante ya que, al final, no hay una discusión acerca de los cánones narrativos que han definido la historia profesional. Por demás, varias de sus apreciaciones acerca de ésta y en torno a los

---

5 Guillermo Zermeño Padilla, *La cultura moderna de la historia: Una aproximación teórica e historiográfica*, México, El Colegio de México, 2002, p. 86.

historiadores dejan mucho que desear; así, mientras que reprueba sin matizaciones a la historiografía reciente, por otro lado, ofrece una visión purificada de la labor de los grandes maestros fundadores, como si su obra hubiese estado libre de todo mito, “héroes providenciales [...], nacionalismos [e] ideologías de cualquier signo”.

Ciertamente, la diversificación y la ampliación de la historiografía y del oficio de historiar mismo, como ha ocurrido en la mayoría de las disciplinas y los saberes, no ha dejado de tener consecuencias negativas. Mas tratar de comprender este fenómeno a partir de una pérdida de identidad académica —lo que ha provocado lamentos y gemidos en todas las latitudes—, o de reducirlo a un relato de tonalidades míticas que propone como remedio una vuelta a los orígenes, poco puede aportar a ninguna rama del saber. Porque ¿no es, por otro lado, la proliferación de agendas particulares de investigación un indicio de la diversificación de un quehacer, del oficio de historiar? ¿Y esto, no es, en alguna medida, un indicio de algo más profundo: de la democratización de la sociedad, como sugirió hace ya más de 40 años Edward H. Carr?<sup>6</sup> Esa añoranza por los tiempos idos, ¿no podría interpretarse como una nostalgia por cierto dirigismo cultural o una vuelta al caudillismo historiográfico?

A mi modo de ver, este tipo de noción acerca de la historiografía contemporánea se origina en las ideas ilustradas acerca del desarrollo del conocimiento. Según esta visión, el saber moderno marcha siguiendo un ideal de verdad y objetividad que, aunque puede sufrir estancamientos y retrocesos coyunturales, termina, al final, por imponerse, retornando a la senda perdida. Este paradigma seguramente cuenta con muchos seguidores. El problema es que conduce a callejones sin salida y a trampas difíciles de superar ya que su concepción acerca de la evolución de la historiografía —y, por extensión, de todo conocimiento— parece depender de unos héroes culturales, capaces de seguir la senda trazada por los fundadores, y de orientar y darle coherencia a la disciplina.<sup>7</sup>

En síntesis, la obra de Florescano es una lectura útil para quien desee aproximarse a las formas de narrar los “muchos Méxicos” que han existido a lo largo de la historia. Su tesis central acerca de los cánones históricos es una idea fértil e interesante que el autor aplica sobre todo a la “memoria indígena”, al periodo colonial, al siglo XIX y al temprano siglo XX. No obstante, al aproximarse al presente, esta propuesta se va *desvaneciendo en el aire* y, al llegar a la actualidad, el énfasis del autor cambia drásticamente. El hecho de que sea una obra dirigida al gran público —

---

6 Edward H. Carr, *¿Qué es la historia?*, Barcelona, Seix Barral, 1973.

---

7 Para una exposición crítica de este tipo de interpretación, véase Joyce Appleby, Lynn Hunt y Margaret Jacob, *Telling the Truth about History*, Nueva York, Norton, 1994.

el libro se originó en una serie de artículos publicados en *La Jornada*— puede explicar su estructura y sus énfasis particulares. Pero el caso es que resultará menos atractiva al lector que busque en ella orientaciones conceptuales sobre *la escritura de la historia* en el México contemporáneo.

PEDRO L. SAN MIGUEL

Universidad de Puerto Rico/Instituto Mora

• • • • •

Clara E. Lida (comp.), *España y el imperio de Maximiliano*, México, El Colegio de México, 1999, 352 p.

**M**ucho se ha trabajado acerca de la historia del siglo XIX, en lo político, lo social y lo económico, no es así en lo que se refiere a la historia de las relaciones entre naciones, en este caso entre México y España en el periodo del Segundo Imperio. Sin embargo, en esa vasta literatura, se encuentran pocas obras relativas a la influencia que España tuvo sobre el imperio de Maximiliano, acerca de la importancia de los grupos de interés y de las diversas facetas del Segundo Imperio y las raíces económicas y políticas que llevaron a España a intervenir en los asuntos internos de México. El trabajo de Clara E. Lida y sus colaboradores trata de llenar un vacío que existía en la historiografía reciente.

La obra se divide en dos partes, “Caleidoscopio internacional” y “Acerca-mientos y rupturas”. En la primera, se trata de explicar el contexto internacional así como los antecedentes de la presión que España ejercía sobre la nación mexicana. En este apartado se analiza la historia diplomática de México y España así como de esta última frente a Inglaterra y Francia. En la segunda parte se estudia el tema de las relaciones culturales y sociales entre los españoles radicados en México y la sociedad mexicana. En suma, el libro parte de la historia diplomática, pasando por la historia cultural y llega a la historia social. Me parece que, en ese sentido, la obra va de lo general a lo particular.

La coherencia de *España y el imperio de Maximiliano* está basada en la forma en que se presentan las colaboraciones que se realizaron. Por un lado, se analizan las relaciones diplomáticas entre España y México, por otro, se habla acerca de la problemática del intercambio cultural, político e ideológico en el interior de la sociedad mexicana que tanto era influenciada por la cultura francesa. Por último, se muestra la importancia que debe darse a las relaciones hispano-mexicanas tanto en el terreno diplomático como en el social y económico, esto implica que una mejor manera de explicar los fenómenos internacionales es por medio del análisis comparativo y, sobre todo, del uso de las fuentes, en este caso se utilizaron fuentes de ambos países.